

---

Publicaciones de la Academia Ecuatoriana,  
correspondiente de la Española.

---

**ALFREDO BAQUERIZO MORENO,**  
Individuo de número de la misma Academia.

# NOVELAS

(Segunda Edición)



001505-J.

QUITO ECUADOR  
EDITORIAL ECUATORIANA  
1946

# TITANIA

# I

## COLOQUIO INTIMO

No, lo que es el amor no me ciega hasta el punto de conformarme con ser la esposa de un aprendiz de boticario. Mira, Oberón, tú estás ahí, dale que dale, porque te dé el sí, y me case contigo, y vivamos juntos. ¡Bien! Todo eso es muy bonito, convengo en ello; pero con una condición, una sola, chiquirritín del alma: que ahorques los libros de farmacia, y no vuelvas a pisar la botica. Sabes que no hay por dónde cogerte de cochino y hediondo. ¿Cierto que no soy exigente? Cómo apestas a ruibarbo y asafétida. ¡Dios mío! cómo trasciendes a ungüentos y pomadas. Te digo que no sirves para marido con esas hediondeces que le revuelven a una las entrañas. ¡Imposible! Tu amor me dejaría el estómago perdido, y ya ves tú, un amor con bascas, es mil veces más nauseabundo que una toma de ipecacuana.

—Pero, Titania, lo que me propones es nada menos que otro imposible. Te lo diré clarito, para que te enteres, y no se te haga tan aborrecible la farmacia. Yo no sirvo para maldita la cosa, fuera de la botica. (Con mucho énfasis). Hay algo dentro de mí, que me grita a voces: Oberón, a tu botica; como si dijera: *zapatero, a tus zapatos*. En tratándose de machacar en el mortero, soy otro hombre. Se me figura que estoy triturando lo que más detesto en la vida, pongo por caso, ese fantasmón de Crespo.

—Tu rival. (Con intención burlona).

—Y, golpe va, golpe viene, no le dejo hueso sano, ni tira de pellejo. Nada, que lo reduzco a polvo y ceniza en un santiamén. ¡Qué golpes! Titania. De maza. Con el primero que descargo, ¡plaf!, me lo dejo seco. ¿Me has visto hacer unas píldoras? No me has visto nunca. ¡Qué píldoras! Si da gusto tragarlas; si ellas solas se resbalan por el gañote adentro. ¿Y saber? Saben a gloria. ¡Tau plateadas y redondas! Hasta la quinina se vuelve jarabe en mis manos. ¡Vaya! No hay perniciosa que resistal ¡Y le da un gustazo que la echen fuera con esas bolitas, factura Oberón! Tanto peor si por casarme contigo dejo la botica. No te vendrán las bascas de seguro: pero te mueres de necesidad con el estómago sano, muy sano, y muy vacío, eso sí. Porque lo que es yo, repito, no sirvo para vender zarazas y lienzos, metido a hortera en uno de esos tenduchos de trapos atestados de arriba a abajo de polillas *antiestomacales*.

—No te apures, tontín. Ni pizca de gracia me haría verte tras un mostrador con *saquito* de dril blanco, hecho un pasmarote, y fumando cigarrillos, por matar el aburrimiento que te comería allí a puros bostezos. ¡Escucha, Oberón! Acerca la silla un poquitín. Tengo proyectos...

—Canta, niña mía, soy todo orejas.

—No te burlas, ¿eh?

—¡Quiál! Si soy lo que hay que ver en punto de discreción y buenas maneras; sobre todo, cuando está de por medio una dama como tú. Digo, caprichosa, si las hay.

—Cállate, borrico; oye, y no pierdas sílaba, que voy a levantar, de palabra, el único y sólido alcázar de nuestra posible y futura felicidad. .

—A fe que estás inspiradísima y te remontas... a las alturas siderales, iba a decir... pero en fin, como quieras. Empieza, que ya escucho.

—Has de saber, Oberón, que propiamente no es la farmacia la que me alborota los nervios y me produce flaquezas de estómago; ni es el tenducho lo que me inclina a darte unas calabazas tamañas. ¡No, borriquito mío! Es que, francamente, esto de vivir en la calle del Morro, se convierte en una burla pesada, pesadísima; y yo saco un geniecillo que no aguanta bromas de ese calibre, ni del mismísimo... ¡Jesús, María y José!... iba a soltar una blasfemia gorda... Pues figúrate, vivir en esta calle...

—No me lo figuro, hermosa mía, sino que lo palpo.

—En invierno...

—Una charca, con su música de sapos automáticos, y algún pececillo en el arroyo.

—Y luego, échese usted fuera, saltando de piedra en piedra, que si caigo, que si no caigo... Nadal que más valdría andar una, descalza de pie y pierna, para no poner las botas perdidas. ¡Y que cuestan caro, Oberón! Digo, para mi pobreza, valen un ojo de la cara... En verano, ¡qué nubes!

—De polvo...

—Te digo que no riegan, que tienen unas entrañas...

—Qué han de regar, Titania, si estas son tierras de secano en la estación respectiva; y brazos de mar, cuando el cielo se nos descuelga con sus tremendos chaparrones que convierten el arroyo en océano verdinegro, donde todo se sumerge, excepto uno que otro montoncillo de cascajo, una que otra altura asquerosa de barreduras y desperdicios, y tal cual madero náufrago que, al fin y al cabo, sirve de puente levadizo, sobre mal seguros cantos, a vecinos y transeuntes.

—Pues si a tales miserias, sumas las de nuestros ahogos, que para remendarnos un día con otro, hay que echar mucha puntada *Singer*, y mucha... es cosa

de volverse una tísica, el día menos pensado. Y claro, no he de casarme para seguir en esta vida de angustias y zozobras, que no parece sino que a lo mejor se me sale el alma por la boca, en uno de esos suspiros de tristeza que arrancan no se qué, allá en lo hondo, en lo más hondo del pecho. Tu farmacia nos dejaría punto menos que ahora, y no estoy para comer contigo pan y cebolla; pues esto, ni fortalece ni me lisonjea. Esta mesocracia arraucada, es la calamidad mayor que puede atraparse una al echarla Dios a este valle de contrariedades. . . y de novios boticarios.

—Chica, ¿dónde diablos aprendiste parrafito tan sonante, que parece, a su vez, arraucado de algún novelón al uso, o de la plaua de un diario *artístico-dinamitero*.

—¡Cállate, Oberón! Siento dentro de mí el recuerdo de ciertas cosas, que supe y conocí, hace de ello muchísimo tiempo. (Con solemnidad). Mi ser, no es mi ser. (Poniendo los ojos en blanco y con mucho arrobamiento). Mi espíritu anduvo desligado de esta envoltura carnal, allá por los años. . . Diciendo verdad, no me acuerdo del año. Fáltame la memoria, en tratándose de la ley del tiempo. No doy pie con bola, en esto de cronologías.

—Bueno, y adelante; porque se me figura que divagas un tanto. Apostara que no te has desayunado.

—Tanto como eso, no; pero no ha sido cosa, y tu farmacia no daría para más, a no ser que nos desayunásemos con *caféina*, y para esto, sobra el ser boticario. Pues decía, que mi espíritu fué un espíritu vagabundo, impalpable, *etéreo*. Por las mañanas, las entreabiertas rosas me ofrecían en sus olientes cálices, gotas de rocío que yo bebía por todo desayuno. Sustentábame, además, con alimentos tan sutiles, que me bastaba aspirar aroma para la satisfacción de las necesidades que origina el apetito. Con ponerme a la

sombra de los cacaotales, me vaciaba, entre pecho y espalda, una jícara de chocolate. ¿Llovía fuerte? Pues me amparaba bajo las auchas, verdes y sonantes hojas de un platanal; y aquello era no mojarse, y quedar ahita luego de sorbetes de plátano, en la infinita variedad que ofrece la dulce y sabrosa carne de ese fruto. ¡Así por el estilol! Lo único que llegó a entristecerme de corazón, fué el no poder regalarme, de tarde en cuando, con una narigadita de zumo de nvas. ¡Qué hacer! La Providencia nos ha negado las viñas; pero, en cambio, nos dejó las *monas*... ¡Sea su voluntad cumplida!

—Así sea... ¿Sabes que estás encantadora? Sólo que aquello estaría bien en una colección de rimas para doncellas románticas. Género pastoril.

—Cállate, borriquito mío, y atiende. Decía hace poco, y si no lo dije, allá va, que la vida para mí se desenvuelve en dos polos: dos polos opuestos. Si he de ser tu esposa, tienes que seguirme.

—¿A qué polo vida mía?

—¡Al de los idilios campestres! Contigo, la naturaleza en toda la esplendidez de sus encantos primitivos e inocentes. El dios Pan que resucita. La vida urbana, de tontas exigencias y necesidades, que para satisfechas requieren los tesoros de Creso, sería, si me uno contigo, el suicidio. Y yo no me suicido, ni me resigno a comer un día sí y otro no. Con que al campo, o mi olvido. Creso me pretende de firme, y me casaré con él. Monfu, yo te prefiero; pero no en la ciudad que nos devoraría como a pececillos indefensos y bobalicones. Vámonos a vagar por los bosques y las pampas. Triscaremos, ágiles y juguetones, sobre el menudo césped salpicado de pintadas flores y olorosas hierbas. Saltaremos arroyuelos diáfanos que reflejan en el cristal de sus aguas, la azulada curva de los cielos, y recrean el oído y la vista, con el blan-

do murmullo de sus bullentes linfas, y los graciosos reflejos de las arenas de oro y las piedrecillas de colores. ¿Sientes hambre?

—Pues no.

—Alzas la mano, y a la sombra de la verde y sonora pirámide de frondoso *mango*, saboreamos, en dulce y regocijada plática, el jugo de aquella fruta que suelta por la corteza todo el almíbar de su carne. ¿Llueve?

—Parece que no.

—Deja que llueva, pues no hay techumbre comparable al tupido follaje del propio *mango* que puebla las encantadas riberas del pintoresco Daule. Allá no hay sastres, ni modistas que sean la tentación del recato. Falda corta, y chaquetilla en que me vea libre de envolturas y adornos sofocantes, bastan para mi arreo; tú, algo así como una túnica...

—O pellico de pastor.

—El clima no da para pieles, Oberón. Gasas, tules: lo transparente y etéreo...

Oberón sudaba a chorros, y un color se le iba y otro se le venía, a medida que la *chica* desenvolvía con tal desenfado, aquel programa inverosímil de un viaje eterno de novios, a través de las ardientes llanadas que baña y caldea un sol *ecuatorial* como el que nos regocija y tuesta.

—Pero el tal vestido—se atrevió a indicar—es, vamos al decir, algo inconveniente; si no por mí, que al fin y al cabo, seré ya tu marido, por la gente que puede sorprender aquellas desnudeces llamativas.

—La Naturaleza es toda inocencia; el rubor, desconocido allá, nadie le nombra siquiera, puesto que la malicia no anda a la greña con el recato. Por allá da lo mismo fijar la vista en la turgencia de un seno, que en el nacarado botón de la naciente rosa; un brazo blanco y torneado produce el mismo efecto que la

rama de un árbol; y luego, para que nadie nos vea, si ese recelillo te queda, nos refugiamos en la más apartada y deleitosa soledad: donde no sorprendas otras miradas que las del ave que pía o canta, o de la bestezuela mausa y cariñosa que alarga el cuello, al ver que pasamos, por olfatearnos las manos; con las cuales entrelazadas, y con paso lento y errabundo, seguiremos el camino de nuestra ventura, contentos y dichosos, en aquella felicidad ignorada por el vulgo de las gentes.

¡Qué calor ponía en sus palabras la enamorada damisela, por embutir en aquella alma de estuco sus entusiasmos idílicos! Pero, nada. Oberón la oía como quien oye llover, sólo que se entristecía, por figurársela tocadita de la cabeza. Así, con toda la flema de un boticario, y por ver de disuadirla, le soltó esta:

—Me ocurre una dificultad, querida Titania, que de allanarla tú, sería cosa de decidirse a ensayar, todo ese flamante programa de amor *a la natural*. Creo, es una suposición mía, y como tal la apuntó, creo que en el estado espiritual anterior, de que hace poco me hablabas, aquella vida errante que te entusiasma tan a lo vivo, era de lo más llano y hacedero que cabe imaginar; pero en la nueva forma de tu ser, con esta envoltura de carne que llevamos a cuestas, hay más de un tropiezo y más de una dificultad insuperables, a juicio mío. Pongo por caso, si me levanto de la cama, y no me tomo en seguida un tazón de café con leche, se me clava en el cráneo una jaqueca de todos los diablos. Y lo que es por allá, ni café con leche, ni antipirina...

—Pero tontín, si hay cada mata de café que es un gusto verla agobiada de tanto fruto como da; y digo, la leche: por allí andan las ubres diciendo: ordeñad o reventamos. Asunto de extender la mano...



—Bendito Dios, y qué haré con el grano crudo. Pues, y la cafetera...

—Olvidate del café; no será cosa de posponerme a esa bebida amarga y alborotadora de los nervios. Prefiere la tila.

—No salvas la dificultad, puesto que se presenta implacable, la de una vasija para hervir la infusión.

—Déjate de hervores y de tonterías. La comerás en rama; la comerás, borriquito mío.

—Me couvientes, poco menos, que en rumiante, Titania. Esto no puede ser, y declaro, una vez por todas, que no hay arreglo posible; que desecho tus indicaciones, y que me largo con la música a mi farmacia. ¡La carne! ¿Has pensado en que será cosa de matar un novillo para asar cuatro *lomitos* al día?

—La carne embrutece, Oberón. Yervas y frutas, nada más brinda la naturaleza para nuestro regalo y sustento. ¿Conoces a Virginia?

—Sí, ¿la *terciaria* de enfrente? Una vieja marrullera.

—No, monín, hablo de Virginia, la de Pablo.

—Pues, francamente, no conozco a esa señora.

—¡Qué has de conocerla, si no existe ya! ¡Aquellos sí que eran amores!

—Tate, tate, con que novela tenemos. Caigo en la cuenta... Pues me voy.

—¿Y me dejas? Está bien. Esponsales desbaratados; me casaré con Creso, el temible rival de Oberón. Me largo al otro polo; la vida de la ciudad con sus opulencias deslumbradoras. De hoy más, te aborrezco, alma de cántaro. Quédate con tu botica y tus miserias... Seré la gran señora. Mucha seda, mucho encaje y mucha pedrería. No he de parar hasta verte boquiabierto y confuso, cuando pase muellemente reclinada en una berlina, con lacayo de levita al pescante. Lárgate ingrátón.

—¿Ingrato? Si no lo soy; si te ofrezco lo que puede ofrecerte un hombre que de veras te quiere: la hoúrada medianía, mientras que ese fantasmón de Creso, te dará joyas, trajes, caballos, coche, etc., etc. pero no un corazón lleno de vida y rebosando amor.

—Te burlas, Oberón, te burlas.

—Deliras, Titania, deliras. Hasta luego, alma mía.

—Adiós, para siempre.

Y rompió a llorar la desconsolada criatura; y la nube de ese llanto empañó la transparencia azul y profunda de sus ojos grandes y brillantes, que parecían dos girones de aquel otro que en las lejanías del espacio tiende su inmensa curva por ocultar, tras élla, los secretos de la inmortalidad.

## II

### EN QUE SE HABLA DE TITANIA, OBERON, CRESO Y DOÑA MEDIANIA

Oberón era todo lo buen muchacho que se puede ser entre los diez y ocho y veinte años, con un bolsillo harto necesitado, una novia bonita, y aquel su temperamento caldeado en la atmósfera de fuego de un clima tropical; donde a poco más, la empolladura de una nidada de huevos se haría al aire libre, como la ley de la madurez se verifica al beso fecundo de los rayos del sol. No tenía estampa de muchacho hermoso o arrogante; pero era un mocito simpático: labios delgados, boca risueña, cabello abundante, bozo naciente, tez morena, ojos expresivos y brillantes. ¡Quién no los tiene acá! Luego, la adolescencia iba cediendo el puesto a lo varonil, en cada una de las facciones, y en cada una de las líneas de aquel cuerpo gallardo. Y, dado que la necesidad tiene cara de hereje, aunque la farmacia no sea una herejía, ni mucho menos, Oberón no encontró mejor acomodo que el de aprendiz de boticario, y en ello se metió hasta la coronilla. Probablemente no llegaría a ser un Creso, ni con otro tanto más de lo que pudiera grangear en el oficio, machacando raíces, redondeando píldoras y repartiendo brebajes, a diestro y siniestro; pero era una veta de buena ley, un filón explotable, que al fin y postre le rendiría lo suficiente para no morirse de necesidad, de fastidio o de tisis: tres nombres distintos y una sola enfermedad verdadera,

que nos devora y consume, en algo menos que canta un gallo.

Cómo empezaron los amores del mancebo con la espiritual Titania, no es punto que merezca disertación aparte, ni mucho gasto de tinta y centenares de cuartillas. Nació aquella pasión, al igual de otras muchas, porque se trataban y eran primos. Mas, como no todo ha de ser miel sobre hojuelas, el amartelado galán tenía su rabieta diaria con el moscón de Creso, a quien veía zumbear como abejorro infatigable, en torno a la angelical figura de prima tau adorable.

Era gentil la figura de esta personilla, que remataba en rostro de hada, y en la ondulante y espléndida profusión de unos cabellos rubios que, al caer desatados, semejaban cascada de oro con destellos y cambiantes de fuego. Blanca como la nieve, de vez en cuando las mejillas se le encendían por una más rápida circulación de la saugre, con los colores de la grana; sin que disminuyese, a causa de los encendimientos del pudor o de la momentánea agitación, la luminosa trasparencia de aquel hermoso rostro de un óvalo perfecto. Del cuerpo llegaban a desprendérsele como irradiaciones de luz y de poesía, trocándola en diáfana visión de vestidura mortal; y estoy a dos dedos de afirmar con ella, que hubo tiempo en que se alimentó de gotas de rocío y aromas de jazmines y madre selvas, antes por cierto, de encarnarse en la señorita Titania, vecina de la calle del Morro, e hija legítima de un matrimonio de carne y hueso, disuelto a poco, por muerte de uno de los cónyuges: el que gastaba perneras, y un jipijapa no muy fino, con cintillo negro.

La viuda, mujer honesta, sencillota y algo hombruna por su aspecto, a causa de dos lunares enormes de carne y pelo que le volvían un tanto bigotudo el

labio superior, pasaba sus estrecheces; y gracias a la *Singer*, y a que no tenía que habérselas con el casero, por ser propietaria de una *lumbre* de frente y quince varas de fondo, con una altura de ocho a nueve, pudo salir avante, entre si comía o no comía, si vestía o no vestía, a la niña; pues lo que es educarla, ya se la educarían de balde el providente Municipio y las escaseces fiscales. Desde pequeñuela andaba la muchacha muy trajeada; y no le costó gran trabajo aprender de memoria todo el Catecismo de Ripalda, las cuatro reglas de la Aritmética y las cuatro partes de la Gramática. Item más: aprendió a teclear en el piano de la escuela, a bordar zapatillas y a tejer al *crochet*. Item más: recibió lecciones de baile en los brazos de Oberón; y, en los mismos, empezó a enamorarse, sin que nadie se lo enseñara.

Cuando estuvo crecida, se le acabó la escuela gratis. ¡Qué había de ir sola por esas calles de Dios, donde a la vuelta de cada esquina, podríau salirle al paso galanes atrevidos y precoces que no llegan a barrerse con estricnina por descuido inexplicable de la ley penal! La acougojada viuda no tenía de quién echar mano para acompañarla, por cuanto, uno de sus ahorros era, nada menos, que el ramo de sirvientes. ¿Y pagar maestro en casa? Ni pensarlo. La escasa renta que cobraba, y lo que ella se ganaba con la *Singer*, apenas servía para el *pan nuestro*, y otros menesteres domésticos.

Al dibujarse en el horizonte la silueta de Creso, doña Medianía creyó llegado el momento de coger el cielo con entrambas manos. ¿Qué desahogo tan grande sentía la viuda en todo su cuerpo, con sólo pensar en aquel fortunón que se le metía por el hueco de la puerta. Así, apenas le vió llegar, se le fué encima, con la desesperación del náufrago que pugna por

el suave rocé de aquel beso henchido de caricias, se inclinaban alegres y gozosas, con susurros de íntimas y renovadas confidencias.

La Zona Tórrida, o sea el patio de este nombre, iba también quedándose a oscuras; por lo cual, apretó Titania un botón, que se escondía por allí, tras el tupido follaje de una enredadera de flores blancas y menuditas; y, de súbito, cuatro focos de luz eléctrica iluminaron el recinto causando con la intensidad de sus rayos, no poca turbación y deslumbramiento en las pupilas del aprendiz de boticario.

—Ya te acostumbrarás, tontín,—indicó la prima; —por lo pronto, en aquel banco, de la parte de allá del tronco de ese mango, estaremos a la *sombra*. Sígueme, borriquito.

A seguirla se disponía el afortunado mancebo, poniéndose la diestra en la frente a modo de pantalla, cuando divisó, a lo lejos, la silueta de Creso.

—El tigre de *Bengala* anda por ahí—murmuró por lo bajo, sin atreverse a dar un paso adelante.—Si me coge, me despanzurra de veras.

Oyóle Titania, y contestó:—mira que está domesticado; y hace tanto caso de mí como del planeta Venus. Y si no, observa como se acerca tan mansa y sosegadamente, que parece ha de lamerte las manos, en teniéndote al alcance de las suyas.

Dicho y hecho; saludó cariñoso al primo; le reconvinó afable por sus ausencias; invitóle a que volviese, puesto que Titania y él se lo pedían; y por último, dijo:—no he de retractarme en lo tocante al ofrecimiento de una botica que, para usted, hice a mi suegra. Si usted aceptase...

—Se estima el ofrecimiento,—respondió el de las calabazas;—pero insisto en no recibir dádivas que quebranten honras.

—¡Qué han de quebrantar, hombre! Asunto de nombres. Palabras—añadió, encogiendo los hombros, como si dijera: qué se me da a mí, majadero. Y siguió su camino, pues jamás le pasó por pensamiento dudar de la honestidad de la *sultana cautiva*, ni aún dejándola a solas con el galán de su primo; lo cual tengo por virtud muy recomendable, si no es que procedía así, por importársele una higa la fidelidad conyugal, que es mucho pensar.

—Salta a la vista lo mucho que te quiere,—indicó Oberón, una vez sentados a la *sombra* del maugo.

—Aunque así no fuera—dando un suspiro y con melancolía—yo me lo creería a pie juntillas, por no sobrellevar tamaña pesadumbre.

—Haces mal en creértelo, prima mía, porque esa bestiaza no entiende palotada de amor.

—Cuidadito, Oberón. Mira que si te propasas, acabaremos en mal, y después de todo, quiero que seamos buenos amigos, y que el idilio campestre se torne en acendrada y pura amistad de dos almas que se amaron ayer, y que hoy no pueden amarse ¿verdad que nó?

—Según y conforme.—(Con mucha gravedad y compostura, y envolviendo un cigarrillo)—Tu marido es el mayor *pirata* que surca estos mares (con diez haciendas por banda) a caza de beldades de todo género y condición. ¡Gasta un paladar! La marchita y la lozana; la rubia y la morena; la viuda y la doncella; la cortesana y la santa: todas entran, por igual, en la bocaza del monstruo.—(Echando humo, y abanicándose con el fieltro).—Digo: esto, tarde o temprano levantará una grito infernal de mujeres abandonadas, de padres y de maridos burlados.—(En voz pausada y solemne): Me lo colgarán, de repente, del

*palo mayor* de la red telefónica.—(Como quien no dice nada).—Serás la viuda del ahorcado...

—¡Qué horror!—exclamó Titania, tapándose la carita de hada con entrambas manos.

—No seré yo, quien cargue con tal viuda; y déjate de horrores, que éstos, ya los tienes encima con las abominaciones a que se entrega tu maridito.

—Primo, tapa esa boca que me estás dando de puñaladas en mitad del corazón.

—Ya me las diste tú; y por llevar abiertas las heridas en que tanto te gozaste, estoy recreándome en las que te causo ahora con la lengua, que, después de todo, es cuchillón de palo.—(Con mucho ríntin, y echando otra bocanada de humo).—Ahora mismo, ha topado en la calle de Colón con una morena, arrogante moza, que me le tiene anclado en esas aguas, sin duda con la esperanza de que el pececillo *pique* en el anzuelo por el cebo de la carnada, que es mucha.

(Titania haciéndose la sorda y dándose aire con un abanico).

—Jesús, qué tarde. Sofocante... Tan tupido es el follaje de estos mangos, que ni una sola ráfaga de viento logra colarse por entre las ramas.

—Ahí es nada lo del follaje, comparado con esa nube de mosquitos que son otras tantas lancetas de sangrador. A no ser por el humo que les soplo...

—Mala peste, Oberón; pero afortunadamente, el remedio lo tienes a la mano. En el Palacio de Titania todo está previsto de antemano.

—Menos el amor; y menos, todavía, el amor conyugal.—(Canturriando un aire de zarzuela).

—Cállate, tontín—(poniéndole la mano en la boca)—porque si vuelve el maridito al baile, me enfado de veras. Te empeñas en meterme por los ojos,

lo que no quiero ver, pues uada ganaría en ello. ¡Déjame la paz del alma!

—Creí, mujer, que la tenías perdida, de tiempo há.

—Basta... Sígueme a aquel columpio que me sirve de hamaca en las noches de verano. Mírale entre ese tamarindo y aquel aguacate.

Llegado que hubieron al columpio, trepó la arrogante *señora* por una escala de cuerdas, no sin haber soltado antes la muselina que vestía, pues no es cosa de andarse con faldas en maromas y trapecios. Como todo estaba previsto en aquella mansión, quedóse en traje de punto muy ceñido al cuerpo, ni más ni menos, que Miss Peabody, la del alambre flojo.

El farmacéutico la contemplaba, extático, sin atreverse a subir, por involuntario sobresalto que le acometió al verse frente a frente de aquella escultura de carne, cuyo calor sentiría a poco más que se atreviese a seguirla. Pero Titania se partía de risa; y no era para menos, puesto que le miraba indeciso y boquiabierto con la estupefacción que le produjo la casi desnudez de su antigua prometida.

—Sube, Oberón, que en mí no hay sombra de pecado. Yo soy la honradez, con faldas, o sin ellas. Verás si es delicioso este columpio.

Oberón se resolvió al fin; y, quitándose el fieltro, la americana y el chaleco, trepó en mangas de camisa, de dos pernadas. Acomodóse muy pegadito a Titania, en el asiento de madera, capaz para dos personas; e hizo de modo, que el brazo izquierdo sirviera de respaldo al busto gallardo, de tan amable criatura. Y mecida vá, y mecida viene, charloteaban y bromeaban, risueños y felices, olvidados de todo lo que no fuera gorjear como dos pajaritos: hasta del resonante Creso, *pirata berberisco* que andaría de caza por las

aguas de aquel pez *moreno*, que le despertaba la codicia.

—Vendrás mañana, y todos los días de la semana, toutiu mío. Mira que si no, me matarán las hieles de mis amargas soledades. Nada te prometo; absolutamente nada. Seremos dos primos, dos buenos *amigos*, y se nos pasará el tiempo en tan agradables e inocentes distracciones. ¿Verdad que te conformarás?

—Si va de lo que va, poco es, Titania *amiga*. Sin embargo, me resigno mientras tengamos columpio; y, en faltando éste, a mis píldoras, a dosificar para la salud del prójimo.

De ahí no pasaron. Cierta que la pareja enamorada se rozaba hasta abrasarse; pero las almas, a lo que parece, andaban tan separadas y distantes, que no había en ellas ni *sombra* de pecado. Puede asegurarse, que si la una se mecía en el columpio, la otra se paseaba por las antípodas, con todo el orbe terráqueo de por medio.

Aquella misma noche, al retirarse Oberón, y cuando ponía el pie en el último peldaño de la inmensa gradería, se encontró, tope a tope, con el *pirata*: el cual buscaba—sin duda—puerto, balauceándose como buque en peligrosa marejada.

Conoció el de Cacaotales, y díjole balbuciente, y un tanto esparrancado por guardar la ley del equilibrio:—¿Te has divertido mucho, picarón?

—No tanto como usted,—respondió el interpelado;—pero algo se ha hecho por Titania.

—Me alegro; mucho que me alegro. ¡Pobrecilla! Eres un buen muchacho, en toda la extensión de la palabra. Vuélvete por acá ¿eh? Hasta mañana, o hasta *hoy*, porque el tal *mañana* acabóse.

Como alargase la mano para despedirse de Oberón, no pudo resistir al oleaje de *brandy* que me le zarandeaba llevándole en vilo, de aquí para allá; y,

tumbando el busto hacia adelante, dió con su cuerpo en el arrecife de las escaleras que le recibieron impasibles, con un golpe seco en mitad de la cara.

Acudió Oberón, en ayuda de aquel desventurado náufrago; llamó gente, y no sosegó, hasta dejarle en brazos del portero, que acabó, por fin, de despertar, de otra más quieta y profunda borrachera de sueño.

## V

### LA TORRE DE BABEL

Doña Medianía engordaba que era una bendición de Dios. Redonda, ventruda, a poco más, no habría tonel que la aventajase en capacidad y fondo. ¡Qué vida tan regalona la que se dió la viuda, una vez puesta al amparo del manirroto de su yerno! ¡Qué huerto el que plantó, y cómo le aprovechaba a diario! La mañana se le iba entre las repolludas coles, las frescas y esponjosas lechugas, los rábanos provocativos, las calabazas y los pepinos, las remolachas y los pimientos. Un cesto de todo ello, era poca cosa para ración de aquel vientre de ballena, sauo y potentísimo.

Tenía su gallinero; y en cada echadura sacaba las polladas por docenas; y las devoraba lo mismo, sobre poco más o menos. Carneros no le faltaban; y gruñían, por ahí, más de cuatro lechigadas de cerdos. Con una cruz señalaba de antemano en el calendario los días de santos, y otras fiestas *de guardar*, destinados al sacrificio de las víctimas escogidas; y es de advertir, que lechón y pavo, nunca los separaba doña Medianía, en tales o parecidos agasajos.

No daba puntada; y como las escaseces se le trocaron en abundancia, de la noche a la mañana, se hinchaba, rellenándose de grasa, de felicidad y de salud. A Titania no la veía sino de tarde en cuando, pues el tiempo le venía corto para cuanto no fuese

comer, dormir, echar su vistazo al gallinero o al corral, plantar la enmarañada selva de legumbres y verduras, y leerse cuatro diarios. Sus distracciones llegaron al extremo de un olvido completo de las cosas santas. La devoción se le fué al estómago, y así, no se acordaba poco ni mucho del franciscano, su confesor; de la misa, los domingos; ni del rosario siquiera, en las primeras horas de la noche. ¡Qué había de rezar la viuda, si con el último bocado estaba ya roncando con resoplidos de fuelle! Rara vez se echaba fuera de casa, y nunca a pie, porque los suyos se negaban, rotundamente, a sostener aquel embutido de grasa que le ponía la piel lustrosa, de puro templada, y a dos dedos de rajársele por los rebordes del cogote.

En cambio, Titania se adelgazaba que era una pena negra verla tan desmejoradita y flacucha. ¡Qué palidez, Dios mío! Lo blanco del rostro se le había trocado en amarillez de cera. Unos cercos grandes, negros y profundos le servían de marco al empañado azul de los ojos. Los brazos y el cuello, no parecían ya obra de torno; en fin, que Titania ni reía, ni bromaba; ni era aquella la moza gallarda, tierna, arrogante, *diáfana* y *luminosa* como una visión, que tenía proyectitos en la cabeza, y dos polos para la vida... ¡Pobrecilla! Oberón llegó a serle indiferente; y doña Medianía, con la tonelada de gordura debajo del pellejo, le revolvía las entrañas lo mismo que el ruibarbo y la ipecacuana del farmacéutico. ¡Si al menos le hubiese sido dado alimentarse de gotas de rocío y sorbetes de plátano, al igual que antes! Nada; que no probaba bocado, y que se moriría *a entradas de aguas*, según la opinión de doctos Esculapios, que no llegaron a verla, aunque por conseguirlo se esforzaba y rabiaba la madre-viuda de aquella infeliz y marchita beldad. Los días se los pasaba en el mina-

---

diéndose de las torpezas e improprios de doña Mediana, con la entereza que le prestaba la justicia de su causa.

Y luego vino Oberón, y pasó entre él y Titania, aquel sabrosísimo coloquio que narrado queda en el primer capítulo de esta tan singular historia.

### III

#### UNA BODA SONADA

Amaneció el día tras aquella noche que lo fué de infortunio y desbaratadas esperanzas para el enamorado aprendiz de boticario. Titania se levantó resuelta, algo pálida y ojerosa y, como dijo alguno, descolorida la grana de sus labios; lo cual induce a creer, que la señorita no durmió bien, o que, si lo hizo, tuvo alguna pesadilla de las más negras y pavorosas. Quién sabe lo que vería en sueños, si llegó a dormir; o el rumbo que tomaron sus amorosos pensamientos, con la negativa de los idilios campestres, en la soledad de la alcoba, y en aquella vigilia febril: porque era una *ascua* la doucella según tenía de caldeada la sangre.

Al encontrarse, pues, tope a tope con la avinagrada viuda que no acertaba a concretar en frases *cultas y almibaradas*, la contestación que a pocas horas más exigiría el flamante perseguidor de escogidas bellezas, le soltó a quema ropa las siguientes memorables palabras:

—Pues, me caso, mamá.

—No será con Creso, de hijo.

—Sí, madre, con Creso. Es cosa resuelta, y no me vuelvo atrás. Oberón es un pánfilo, que prefiere los brebajes de la botica a venirse conmigo, tierra adentro. Nada, que siga machacando y dosificando; que lo que es yo, me quedo con el otro. Ya veremos

si esta pildorita, factura Titania, sabe a gloria, y se le va por el gañote, élla sola. ¡Pedazo de tonto como ese, no me lo figuré jamás! Y mire usted: yo le quería bastante. ¡Vaya si es cierto! Pero lo que es ahora, su sombra que mirase, me indignaría. Aunque bien pensado ¿a qué reñir del todo? Que vuelva cuando guste, y nos trataremos como dos primos indiferentes...

Doña Medianía no acababa de cerrar la boca, con el estupendo noticiaón que se la dejó abierta, y a ella, suspensa y alelada, como si una bomba le hubiese estallado cerca de los carcañales. Y seguía en aquella actitud de grosera estupidez, sin darse cuenta de lo que oía, pues de cuanto dijo la muchacha, élla sola lo reía, y élla sola lo festejaba, hasta que vista la estupefacción creciente de la madre, no pudo menos de sacudirla por los hombros, suavemente, para que volviese en sí. Y volvió, como el que despierta de un sueño, y duda que sea cierto lo que recuerda, teniendo lo tan pronto por caso de verdad, o delirio de la imaginación.

—Couque... repite lo que me decías, pues no acabo de creerlo, hija mía.

—Que me caso con el de Cacaotales; más claro no se puede decir. Se lo comunicará usted hoy mismo. Y la boda se hará en seguida, o a más tardar, dentro de quince días.

—¿Ya ves, hija mía, si tuve razón al decirte que te aconsejaras con la almohada y obedecieses a tu madre, según la ley de Dios? Qué respiro, qué desahogo, exclamó la viuda contoneándose con la agilidad y desenvoltura de esas chiquitinas que saltan sobre la alfombra del circo. Y luego, alzándose la saya de merino negro, hasta donde la honestidad lo permitía, improvisó un baile desaforado con gentil ritmo de pies, mucho taconeó y palmaditas de aliento.

Cuando el tigre de Cacaotales acudió a la cita, después de darle vueltas al asunto, y de embutir en las orejas del paciente galán todos los fueros y derechos de la burguesía, del estado llano, *único estado social* digno de consideración y aplauso, convino doña Medianía en aceptarle por yerno, no sin advertirle antes, que por muy honrado debía tenerse con esa unión que le engrandecía de verdad.

El de la catarata la oyó como quien oye llover; y, sin cuidarse, poco ni mucho, del parrafito aquel, ni de echar un solo con su prometida, que ya habría tiempo para ello, se despidió con la promesa de que al décimo quinto día doblaba la cerviz al yugo de Titania.

A riesgo de que se me tache de mentiroso o embustero, voy a contar la más estupenda maravilla que presenciaron los moradores de esta ciudad, desde su fundación hasta nuestros días, con motivo de aquellos esponsales que dieron origen a portentos tan inauditos. Y fué el caso... La pluma se resiste a describir tal maravilla, como presintiendo de antemano toda la vergüenza que se le vendría encima, si llegara el caso de que se la tuviera por servil perpetradora de mentiras, a cambio de lisonjear, con su cuenta y razón, la vanidad del flamante personaje de Cacaotales. La verdad, nunca me fué posible averiguar la manera cómo se llevó a cabo ese prodigio; pero ello es que sucedió tal cual lo verá el lector, que no me condene por zurcidor de relatos inverosímiles y desbaratados.

En quince días, nada más que en quince días, se construyó desde los cimientos el palacio que destinaba Creso para ostentosa mansión de la espiritual Titania. ¡Qué mole tan soberbia! Parecía obra de magia o hechicería. Y miento al afirmar que se construyó desde los cimientos; hubo más, pues al de Cacaotales se le metió entre ceja y ceja que la estupenda fábrica

se levantaría sobre las colinas del Santa Ana, para que la ciudad entera admirase el portento con que quería deslumbrarla. Puesto a la obra, hizo echar abajo medio cerro; y en la extensa planicie, se asentó solitario y orgulloso aquel castillo roquero. Antes, se las había arreglado con un ingeniero yankee, el cual, en un periquete, cargó con el Hospital Militar y lo puso al otro extremo, sobre el Asilo y el Manicomio, como si tal cosa. Y aquel palacio o alcázar, no tuvo un frente, ni dos, ni tres, sino cuatro; sólo que por salvar la monotonía, cada uno de aquellos frentes, obedecía a un orden de arquitectura distinto de los demás. La fachada de Oriente, de mármol blanco, traía a la memoria recuerdos de la antigua Grecia; la del Poniente, reconstruía en mármol negro, un monumento azteca; la del Norte, de vistosísimo jaspe, ostentaba en su trazo, la majestad del arte gótico; y la del Sur, la que miraba a la ciudad, era una filigrana, un primor de cinceladuras, calados y azulejos; algo como un recuerdo oriental, con alféizar, ventanas y hasta minarete, *por si acaso*.

En el interior, había dos grandes patios: el de las Estatuas y el de la Zona Tórrida.

Un museo de mármoles y bronces, el primero. Por ahí divisé más de cuatro Dianas cazadoras, y otras tantas Venus. ¡Qué majestad la de Juvo! En su expresión, algo podía notarse de rabia celosa, pues el famosísimo Calavera del Olimpo, le daba harto en que pensar con sus transfiguraciones y escapatorias. Minerva, se enderezaba arrogante y pensativa. Reflexionaba, sin duda, que toda su ciencia no le valdría dos cominos, el día en que los dioses se desvanecieran como visiones del miedo. Apolo se daba de calabazadas contra una cantera del Parnaso, por no se qué herejías de un decadente; y lloraba lágrimas de fuego maldiciendo a Talía, protectora de autorcillos desver-

gonzados e indigestos. Baco, ceñida de pámpanos la frente, se balanceaba muy esparrancadito, por causa de una borrachera deliciosa. Safo se despeñaba loca de amor por el barquero de Mytelene, y Hero se sorbía el Hellesponto. Píramo por un lado, y Tisbe por otro, se mataban con ocasión de aquella prenda traidora y ensangrentada. Galatea, la divina Galatea, jugueteaba con el dormido Polifemo y Europa se solazaba con un Toro de buenas pezuñas. Por ahí seguía toda la tragicomedia amorosa... ¡Y qué grupos de centauros y Amazonas! Aquello, a no dudarlo, era el simbolismo de la resurrección pagana, concebida y realizada por el *apóstata* de Cacaotales.

El segundo de dichos patios abarcaba cuanto de bello y exquisito pudieran exigir para su regalo, la vista, el olfato y el paladar. ¡Cómo trascendían los naranjos y limoneros! ¡Cuán provocativas y doradas se ostentaban por allí las piñas, diciendo a voces: ¡comedmel! ¡Qué dulzura la de esos nísperos! ¡Qué canjes tan sabrosos! ¡Qué pulpa la de esos caimitos, tan codiciada y pegajosa!

Una doble hilera de soberbios mangos, formaba calle de honor, a cuanto allí había de árboles frutales y plantas raras o silvestres, sombreando, con la espesura de su ramaje, el dilatado espacio en que se extendía. No faltaban ciruelos del Santa Ana; y hasta se trasplantaron aguacates y mameyes para golosina de propios y extraños.

No entraré ¡líbreme Dios! en enumeraciones prolijas; pues, sería aquello cuento de nunca acabar, describir menudamente las riquezas y primores que en el tal palacio se encerraban. Por esto, sin detenerme a contemplar en las galerías, los gallardos y atrevidos arcos que las formaban, atravieso el vano de aquella puerta maciza y reluciente y doy con mi intrusa personilla en mitad del *gran salón* de recepción.

nes. Paredes de oro bruñido; al centro, gruesas columnas de plata con *nelumbos* de pedrería en lo alto que sustentaban cúpula gigantesca deslumbradora por sus centelleos de ascua. La mueblería de oro y seda era cosa inverosímil: una silla, no era una silla, sino capricho de inspiración por su forma y detalles: un sofá, fantasía sobre motivos originales del artista; las lunas venecianas, parecían obra de magia; cualquiera que en ellas se mirase, veía su imagen embarcada en una góndola; y luego, cauales y más cauales. Las consolas y la mesa del centro, eran de colmillos de elefantes, sólo que ésta tenía por tablero, un lecho de plata circundado de amorcillos, donde expiraba Adonis herido de muerte por otro colmillo... el de un jabalí.

Desde el salón al dormitorio, la distancia era corta. Allí, el tálamo nupcial cuajado de pedrería; y cada piedra tamaño como un grano de cacao. El cortinaje, vaporoso y flotante, remedaba aquel trono de nubes bajo la bóveda del firmamento, de que hablaba Creso; porque, a decir verdad, era un cielo estrellado lo que encima quedaba. La vía láctea, enterita...

Del comedor diré tan sólo que lo hizo famosísimo, el lienzo que le servía de cielo raso, por ser un cuadro admirable de verdad y colorido, estilo *Meissonier*. Cabalgando brioso pisador blanco, cual el de Bonaparte, con chaquetón negro, pantalón verde de bayeta, botas de becerro, cuchillo a la cintura, y un jipijapa, de los grandes, sobre la greña, allí se estaba Creso impassible y sereno, pasando revista a cien mil *matas* de cacao: una división de la reserva, que acampaba entre la linde de un bosque y la orilla de un riachuelo de escasísimo caudal en el verano. La vajilla era de lo que había que ver; pues la cristalería de Bohemia y las porcelanas de Sajonia y Sevres, andaban desparramadas por mesas y aparadores. El

trinchante que saldría a relucir en ocasiones señaladas, de oro macizo, y el mango, del mismo metal, con incrustaciones de brillantes tamaños como aves llanas.

¡Cincuenta cabezas de hidras, con las fauces abiertas, vomitarían torrentes de luz vivísima para alumbrar aquel templo de la gula!

Paso por alto las graderías, los jardinetes y la verja de bronce, que circundaban con ostentoso aparato la soberbia mole de aquel edificio donde la señorita Titania pasaría su luna de miel, y quizá, o sin quizá, el resto de sus días. Sólo diré, para concluir, que el novio de Cacaotales construyó un ferrocarril aéreo que uniese la ciudad con aquella maravilla de la riqueza y del arte; de suerte que, en un periquete, sin fatiga, ni trajín de bestias y rodar de coches, se plantaba uno en los encumbrados dominios del fabuloso personaje.

En tanto, la calle del Morro, se transformaba por completo, gracias a la *generosa iniciativa* de Creso, por acudir en ayuda de doña Medianía que se aferró a la idea de no abandonar el hogar de sus mayores. Se complacía, de veras, en que su hija se encaramase de la noche a la mañana, en aquellas alturas inaccesibles a tantísimo desheredado de la fortuna; pero lo que es ella, prefería la modesta casucha de una *lumbre* de frente, así le ofreciesen levantarla a los propios cuernos de la luna. Ciertas comodidades no las rechazaría de fijo, pues llegó a aceptar de su yerno, un terreno colindante con el suyo, y a espaldas de éste. Allí plantaría coles y lechugas, calabazas y pepinos; se arreglaría su jardín con el respectivo macizo de flores y su pabelloncito; tendría corral, y en fin, la mar de cosas útiles y bonitas.

Convino, también, en la inmediata desecación de pozos y pantanos, que ordenó Creso, según queda

dicho. La voladura del cerro, facilitó la obra; la cual, entre cascajo y tierra, se tragó la mitad de una colina, hasta convertirse en suuntuosa avenida enfilada por copudos ciruelos, trasplantados con raíz y todo, desde las faldas y vertientes del Santa Ana. Y fué lo peor, que llegó a perder su nombre la inolvidable calle, pues de esa fecha data que se la llame la Avenida de los Ciruelos.

Como el tiempo corre, y no hay suceso por inesperado y grande que se le suponga, que pueda detenerle en su empeño de dejarnos atrás y seguir su carrera hasta desaparecer en los misteriosos senos de la eternidad; llegó el décimo quinto día, y con él, la noche señalada para los famosísimos desposorios del hijo de Cacaotales con la hechicera parientita del aprendiz de boticario.

El Patriarca de las Indias, llegó exprofeso para la ceremonia, en un *yacht* de cuarenta nudos por hora; y tan portátil además, que atravesó el istmo, de Colón a Panamá, sobre los carros del tren, sin que desembarcara su ilustrísima, ni se tomase por ello la menor molestia.

Se abrieron, de par en par, las puertas de la Iglesia Catedral; y como el presuntuoso Crespo, juzgase que los picos de gas no bastarían a iluminar tan nunca visto y espléndido concurso, hizo colocar en lo alto del coro un dinamo poderoso; y en la proyección de aquel foco de luz, blanca e intensa, recibieron los desposados la bendición nupcial.

La novia más que una beldad de carne y hueso, semejava una visión diáfana y luminosa. ¡Qué traje, qué velo y qué atavío en fin! Aquel, desde el escote hasta el remate de la cola lo formaban sartales de perlas, en fantástica combinación de tamaños y colores. ¡Qué música aquella a la más leve ondulación producida por los graciosos movimientos del cuerpo-

cito que ceñían! El otro, parecía tejido con gotas de rocío, que un tiempo fueron regalo del paladar de tan gentil persona. ¿Los azahares? incomparables; como que estaban salpicados de brillantes menuditos de primorosa talladura.

Figúrese el lector con lo que cargaba el tigre de Cacaotales, y andando.

Las naves del templo, vinieron estrechas para la apiñada concurrencia que crecía y crecía, como la marea, en el vasto cuadrado de la plaza vecina; y el mismo, o mayor tropel de gente, sudorosa y jadeante, acudió a la espléndida mansión que se destacaba imponente sobre la planicie del Santa Ana.

Porque es de saberse que las invitaciones, y el relato de los pormenores de la fiesta, fué obra de las cuatro planas de los diarios porteños; los cuales, en nombre del ilustre señor, dieron *parte* de aquella boda al vecindario todo de la ciudad y sus alrededores.

Los novios, con buena parte de acompañantes y curiosos, tomaron el ferrocarril aéreo; y la llegada a palacio se anunció a la población con otro foco de luz eléctrica, que, desde el minarete de la fachada árabe, lanzó sus rayos incandescentes sobre calles y tejados.

Cien tiros de otros tantos corchos lanzados al aire, fueron las primeras salvas con que el espumoso *champagne* celebró, en su efervescente locura, aquella otra del himeneo de Titania con el rival de Oberón.

Este no se movió de la botica; y, por estar de *turno*, se pasó en ella toda una noche de aburrimiento, machacando a Crespo que se reía de él, con tales gestos, y tan divertidísimas muecas, que a no impedirselo los celos, habría festejado con sonoras carcajadas la burla de su rival. Pero no estaba la Magdalena para tafetanes; y así, prosiguió en su faena de redu-

---

cir a *polvo y ceniza* la armazón de carne y hueso que veía, o se le antojaba ver en el fondo del mortero.

El alba le sorprendió en tan peregrina ocupación, y al mirarla llegar maliciosa y souriente por la rendija de la puerta, descargó el postrer golpe; y echándose de bruces sobre el mostrador se quedó dormido, como dormía ya la pareja que, en la noche pasada, y en un abrazo de felicidad mentida, acababa de ahogar la acariciada ilusión de aquellos ensueños de adolescente.

## IV

### COLUMPIO

Hasta la botica de la calle de Pichiucha llegaban los rumores que, a poco de la boda, empezaron a correr sobre las recientes aventuras del personaje de Cacaotales. Al principio, no pasaron aquellas de ligeras escaramuzas a lo largo de la costa; como si el desnaturalizado *pirata* probara sus bríos, un tanto quebrantados, según se lo iban indicando ciertas fatigas y traidores desmayos que le entorpecían los sentidos de poco tiempo atrás. Pero, como quiera que el hábito llega a convertirse en una segunda naturaleza, Creso, dejándose al cabo de los días de tímidos y pueriles ensayos que, sin ocultar el escándalo, no sirven para maldita la cosa, sino a dar pábulo, con razón o sin ella, a la maledicencia, siempre pronta y tenaz, de lenguas venenosas y desocupadas, que son las más, pese a las bocas de cuantos sostuvieren lo contrario; se metió mar adentro, desplegando hasta el tope todo el sucio velamen de su bajel *pirata*, sin cuidarse de ocultar la salida, ni de las borrascas y temporales que correría en el revuelto y tumultuoso mar de las pasiones desencadenadas.

Sabía Oberón, y con él la ciudad entera, que el preferido rival comía fuera de casa muy a menudo; que se pasaba los días, de turbio en turbio, en Círculos y Casinos, entre borracheras de *brandy* y borracheras de *baccarat*; y las noches, de claro en claro, en

profanas adoraciones de ídolos inmundos. Notaba, además, el burlado mancebo, que tales nuevas, traídas y llevadas por los vientos del escándalo que soplan fríos y desatados en calles y plazuelas, al llegar a él, le eutorpecían las manos, supuesto que las píldoras no salían de sus dedos al igual que antes, y la quiniña se quedaba tan amarga como en todas las boticas. Sólo en el mortero se reconocía por el Oberón de Titania. Sólo machacando a Creso, sentía las fuerzas centuplicadas, y la destreza del puño, dejándose atrás a cuantos machacadores de oficio registran los anales de la farmacia. ¡Qué ojazos los que ponía, cuando se empeñaba de veras en la porfiada tarea de reducir a *polvo y ceniza* aquellas sustancias y raíces que se le convertían, a lo mejor, en la propia lámina del tigre de Cacaotales! Hubo ocasión en que el boticario llegó a decirle que mirase por el mortero, no se le partiera en dos, con aquellos golpecitos que le prodigaba. Pues, toma: murmuró entre dientes el triturador, y yo que pensaba estar viéndole aún la calva enterita. No soy hombre para dejarle ni aquel pellejo mondo, cuanto más lo que envuelve y cubre de huesos y sesera. Y dale que dale, hasta que vió el cráneo y la *calva* hechos una narigada de polvillo menudo.

Un día, y en momentos que descargaba el último golpe a ciertas partículas empedernidas de aquel mortal tan machacado a diario, quedó suspenso por obra de una maucita negra como el ébano, que dejaba caer dentro del mortero, con singular atrevimiento, algo como perfumado billete que trascendía a esencia de nardos y jazmines. Alzó la vista, y pudo comprender entonces, que aquella mano era propiedad exclusiva de una figurilla de doce años, que echó a correr, sin darse prisa por la respuesta, tan luego como hubo soltado el misterioso papelito.

Por el pronto, olvidóse de los residuos de Creso

que se estaban ahí, muy compungidos y desesperanzados de mover a compasión las entrañas del boticario; y, rasgando el sobre, leyó: *Borriquito mío...*

—Holal holal con que esas tenemos? Para ju-  
mento basta con tu marido, pues yo me doy por desas-  
uado desde el punto y hora en que me obsequiaste  
con las famosísimas calabazas *que tanto dieron que  
decir al Pindo*. No; borrico fui, y borrico sigo, en  
esto de empeñarme en el machacamiento de ese *pira-  
ta* berberisco que te robó a traición; de ese pedazo de  
bruto que te acaricia a coces, y te plantará cada beso  
con la jeta lacia, que es un horror el pensarlo. (Le-  
yendo). *Soy la cautiva sultana de un palacio encan-  
tado...* ¡Ajajá! Caro le cuesta el tenerse por sultana  
de un castillo roquero. Esto lo sabía yo al dedillo;  
no es cosa del otro jueves para que me sorprenda, ni  
pizca así. (Sigue leyendo). «Necesito de una voz  
amiga que me consuele y fortalezca. Tú eres bueno,  
Oberón, y no me dejarás morir de tristeza, en la so-  
ledad de esta opulencia traidora. ¡Cuán felices sería-  
mos en aquel *polo* de los idilios campestres, con que  
mi amor te brindaba! Si tu *realismo* hizo imposible  
tal dicha, ven, al menos, tontín; te lo ruego. Seremos  
dos primos *amigos*. ¡Nada más! ¿Lo entiendes?—  
Titania». Vaya si lo entiendo, dijo para sí el botica-  
rio en cierne. Valiente chasco se dió la prima *amiga*  
con su corridita al otro polo. El polo Sur, de fijo.  
Es claro que iré. ¿Por qué no habría de ir? En aca-  
bando de machacar a este prójimo, tomo soleta, y  
arriba: un viaje fantástico sobre tejados de barro.

Y descargó tremendo golpe sobre los restos empe-  
dernidos del machacado *pirata*. Lastimero quejido se  
escapó desde el fondo del mortero, al cual contestó  
con otro ¡ajajá! el impasible desmenuzador de tales  
carnes y tales huesos.

Luego, calándose el sombrero hasta las orejas, y

pretextando la primer disculpa que se le asomó a los labios, se echó a la calle, y de dos zancadas se plantó en la vecina estación del *elevado*. Subir las empinadas escaleras, esperar un ratito, y meterse en el tren, fué obra de cinco minutos. La locomotora lanzó su acostumbrado resoplido, y empezó luego el trajín con aullidos de fiera y pisadas de gigante. Oberón que jamás se había visto en tales alturas, ni en un mal asiento del ferrocarril de Durán, se sintió orgulloso y hasta desvanecido con el viajecito *aéreo*, a cuyo término divisaba ya, con los ojos de la imaginación, la gentil figura de la cautiva sultana, echándole al cuello los brazos, como para no soltarle jamás de aquel nudo de amor apretado y delicioso.

La verdad que era honrado a carta cabal, e incapaz por lo mismo de vergonzosas fechorías; pero no estaba seguro de su fortaleza delante de Titania, ni extremaba su estoicismo hasta el punto de dejarse el sombrero o la americana, capa no la tenía, en manos de la esposa de Putifar... de Creso quiero decir.

El tren se detuvo, a poco, entre esperezamientos de cansancio y bostezos de mal humor; y al abrir la portezuela, y poner el pie en el estribo, vió el guapo mozo, en lo alto del magnífico vestíbulo de la fachada árabe la encantadora visión de una beldad *diáfana* y *luminosa* que le saludaba con la mano, entre risueña y melancólica.

Era Titania, la propia Titania, que se le aparecía de nuevo en la atractiva sencillez de aquellos días de ensueños y ternuras que acabaron por sepultarse, cubiertos de sombras, en la tristísima noche de ese otro polo de apetecidas opulencias y fracasadas ostentaciones.

Porque la verdad, la pobrecita se llevó una enserona de las buenas. ¡Era una lástima! Pero Creso no entendía de tertulias, visitas, teatros, bailes, ni

cosa que se le pareciese. Seducir una mujer, apostar a una carta, entenebrecer la conciencia con brutalidades y sarcasmos de escéptico, y la inteligencia, con tabaco y *brandy*, esto sí lo sabía al dedillo. La vida para él se encerraba dentro de tan estrechísimos horizontes; más allá: el vacío, la nada. La sociedad convertida en infame burdel, la comprendía a maravilla; la sociedad, con destinos más nobles y levantados, se le volvía un quebradero de cabeza, bueno, a lo más, para tontos de capirote o idiotas de nacimiento.

Mas, contra lo que se esperaba Oberón, la damita no llegó a colgársele del cuello, ni mucho menos. No se desalentó por eso, pues los abrazos tenían que venir tarde o temprano. ¡Claro que sí! La prudencia y el recato, lo aconsejaban, además, según pensó, al acudir a la reflexión para que ésta le explicara el desengaño padecido. En cambio, sintió el apretón de manos de la *sultana cautiva* ¡esto era mucho! señal de que le recibía cariñosa y regocijada. ¡Detalle importantísimo! Y así, mano sobre mano, risueños y contentos, pasaron el umbral, siguieron por la galería que daba al patio de las Estatuas, y, atravesando largo pasadizo, se detuvieron por fin en el de la Zona Tórrida, sitio que revivía en ellos, las desbaratadas ilusiones de un idilio campestre, en la soledad de las pampas y entre el rumor de los bosques.

A todo esto, el crepúsculo se apresuraba por descorrer el manto de la noche con sus pálidas manecitas; mientras los oscuros senos de la lejana cordillera se ocultaban entre espesas, húmedas e impalpables sombras; mientras alguna nubecilla próxima al ocaso, recogía los postrimeros rayos de la luz por arrebolarse en ellos con encendimientos de doncella tímida y pudibunda, y el tibio hálito de la tarde pasaba acariciando dulcemente hojas y ramas que, al sentir

el suave roce de aquel beso henchido de caricias, se inclinaban alegres y gozosas, con susurros de íntimas y renovadas confianzas.

La Zona Tórrida, o sea el patio de este nombre, iba también quedándose a oscuras; por lo cual, apretó Titania un botón, que se escondía por allí, tras el tupido follaje de una enredadera de flores blancas y menuditas; y, de súbito, cuatro focos de luz eléctrica iluminaron el recinto causando con la intensidad de sus rayos, no poca turbación y deslumbramiento en las pupilas del aprendiz de boticario.

—Ya te acostumbrarás, tontín,—indicó la prima; —por lo pronto, en aquel banco, de la parte de allá del tronco de ese mango, estaremos a la *sombra*. Sígueme, borriquito.

A seguirla se disponía el afortunado mancebo, poniéndose la diestra en la frente a modo de pantalla, cuando divisó, a lo lejos, la silueta de Crespo.

—El tigre de *Bengala* anda por ahí—murmuró por lo bajo, sin atreverse a dar un paso adelante.—Si me coge, me despanzurra de veras.

Oyóle Titania, y contestó:—mira que está domesticado; y hace tanto caso de mí como del planeta Venus. Y si no, observa como se acerca tan mansa y sosegadamente, que parece ha de lamerte las manos, en teniéndote al alcance de las suyas.

Dicho y hecho; saludó cariñoso al primo; le reconvinó afable por sus ausencias; invitóle a que volviese, puesto que Titania y él se lo pedían; y por último, dijo:—no he de retractarme en lo tocante al ofrecimiento de una botica que, para usted, hice a mi suegra. Si usted aceptase...

—Se estima el ofrecimiento,—respondió el de las calabazas;—pero insisto en no recibir dádivas que quebranten honras.

—¡Qué han de quebrantar, hombre! Asunto de hombres. Palabras—añadió, encogiendo los hombros, como si dijera: qué se me da a mí, majadero. Y siguió su camino, pues jamás le pasó por pensamiento dudar de la honestidad de la *sultana cautiva*, ni aún dejándola a solas con el galán de su primo; lo cual tengo por virtud muy recomendable, si no es que procedía así, por importársele una higa la fidelidad conyugal, que es mucho pensar.

—Salta a la vista lo mucho que te quiere,—indicó Oberón, una vez sentados a la *sombra* del mango.

—Aunque así no fuera—dando un suspiro y con melancolía—yo me lo creería a pie juntillas, por no sobrellevar tamaña pesadumbre.

—Haces mal en creértelo, prima mía, porque esa bestiaza no entiende palotada de amor.

—Cuidadito, Oberón. Mira que si te propasas; acabaremos en mal, y después de todo, quiero que seamos buenos amigos, y que el idilio campestre se torne en acendrada y pura amistad de dos almas que se amaron ayer, y que hoy no pueden amarse ¿verdad que nó?

—Según y conforme.—(Con mucha gravedad y compostura, y envolviendo un cigarrillo)—Tu marido es el mayor *pirata* que surca estos mares (con diez haciendas por banda) a caza de beldades de todo género y condición. ¡Gasta un paladar! La marchita y la lozana; la rubia y la morena; la viuda y la doncella; la cortesana y la santa: todas entran, por igual, en la boca del monstruo.—(Echando humo, y abanicándose con el fieltro).—Digo: esto, tarde o temprano levantará una grito infernal de mujeres abandonadas, de padres y de maridos burlados.—(En voz pausada y solemne): Me lo colgarán, de repente, del

*palo mayor* de la red telefónica.—(Como quien no dice nada).—Serás la viuda del ahorcado...

—¡Qué horror!—exclamó Titania, tapándose la carita de hada con entrambas manos.

—No seré yo, quien cargue con tal viuda; y déjate de horrores, que éstos, ya los tienes encima con las abominaciones a que se entrega tu maridito.

—Primo, tapa esa boca que me estás dando de puñaladas en mitad del corazón.

—Ya me las diste tú; y por llevar abiertas las heridas en que tanto te gozaste, estoy recreándome en las que te causo ahora con la lengua, que, después de todo, es cuchillón de palo.—(Con mucho ritintín, y echando otra bocanada de humo).—Ahora mismo, ha topado en la calle de Colón con una morena, arrogante moza, que me le tiene anclado en esas aguas, sin duda con la esperanza de que el pececillo *pique* en el anzuelo por el cebo de la carnada, que es mucha.

(Titania haciéndose la sorda y dándose aire con un abanico).

—Jesús, qué tarde. Sofocante... Tan tupido es el follaje de estos mangos, que ni una sola ráfaga de viento logra colarse por entre las ramas.

—Ahí es nada lo del follaje, comparado con esa nube de mosquitos que son otras tantas lancetas de sangrador. A no ser por el humo que les soplo...

—Mala peste, Oberón; pero afortunadamente, el remedio lo tienes a la mano. En el Palacio de Titania todo está previsto de antemano.

—Menos el amor; y menos, todavía, el amor conyugal.—(Canturriando un aire de zarzuela).

—Cállate, tontín—(poniéndole la mano en la boca)—porque si vuelve el maridito al baile, me enfado de veras. Te empeñas en meterme por los ojos,

lo que no quiero ver, pues uada ganaría en ello. ¡Déjame la paz del alma!

—Creí, mujer, que la tenías perdida, de tiempo há.

—Basta... Sígueme a aquel columpio que me sirve de hamaca en las noches de verano. Mírale entre ese tamarindo y aquel aguacate.

Llegado que hubieron al columpio, trepó la arrogante *señora* por una escala de cuerdas, no sin haber soltado antes la muselina que vestía, pues no es cosa de andarse con faldas en maromas y trapecios. Como todo estaba previsto en aquella mansión, quedóse en traje de punto muy ceñido al cuerpo; ni más ni menos, que Miss Peabody, la del alambre flojo.

El farmacéutico la contemplaba, extático, sin atreverse a subir, por involuntario sobresalto que le acometió al verse frente a frente de aquella escultura de carne, cuyo calor sentiría a poco más que se atreviese a seguirla. Pero Titania se partía de risa; y no era para menos, puesto que le miraba indeciso y boquiabierto con la estupefacción que le produjo la casi desnudez de su antigua prometida.

—Sube, Oberón, que en mí no hay sombra de pecado. Yo soy la honradez, con faldas, o sin ellas. Verás si es delicioso este columpio.

Oberón se resolvió al fin; y, quitándose el fieltro, la americana y el chaleco, trepó en mangas de camisa, de dos pernadas. Acomodóse muy pegadito a Titania, en el asiento de madera, capaz para dos personas; e hizo de modo, que el brazo izquierdo sirviera de respaldo al busto gallardo, de tan amable criatura. Y mecida vá, y mecida viene, charloteaban y bromeaban; risueños y felices, olvidados de todo lo que no fuera gorjear como dos pajaritos: hasta del resonante Creso, *pirata berberisco* que andaría de caza por las

aguas de aquel pez *moreno*, que le despertaba la codicia.

—Vendrás mañana, y todos los días de la semana, toutiu mío. Mira que si no, me matarán las hieles de mis amargas soledades. Nada te prometo; absolutamente nada. Seremos dos primos, dos buenos *amigotes*, y se nos pasará el tiempo en tan agradables e inocentes distracciones. ¿Verdad que te conformarás?

—Si va de lo que va, poco es, Titania *amiga*. Sin embargo, me resiguo mientras tengamos columpio; y, en faltando éste, a mis píldoras, a dosificar para la salud del prójimo.

De allí no pasaron. Cierta que la pareja enamorada se rozaba hasta abrasarse; pero las almas, a lo que parece, andaban tan separadas y distantes, que no había en ellas ni *sombra* de pecado. Puede asegurarse, que si la una se mecía en el columpio, la otra se paseaba por las antípodas, con todo el orbe terráqueo de por medio.

Aquella misma noche, al retirarse Oberón, y cuando ponía el pie en el último peldaño de la inmensa gradería, se encontró, tope a tope, con el *pirata*: el cual buscaba—sin duda—puerto, balanceándose como buque en peligrosa marejada.

Conocióle el de Cacaotales, y díjole balbuciente, y un tanto esparrancado por guardar la ley del equilibrio:—¿Te has divertido mucho, picarón?

—No tanto como usted,—respondió el interpelado;—pero algo se ha hecho por Titania.

—Me alegro; mucho que me alegro. ¡Pobrecilla! Eres un buen muchacho, en toda la extensión de la palabra. Vuélvete por acá ¿eh? Hasta mañana, o hasta *hoy*, porque el tal *mañana* acabóse.

Como alargase la mano para despedirse de Oberón, no pudo resistir al oleaje de *brandy* que me le zaraudeaba llevándole en vilo, de aquí para allá; y,



tumbando el busto hacia adelante, dió con su cuerpo en el arrecife de las escaleras que le recibieron impasibles, con un golpe seco en mitad de la cara.

Acudió Oberón, en ayuda de aquel desventurado náufrago; llamó gente, y no sosegó, hasta dejarle en brazos del portero, que acabó, por fin, de despertar, de otra más quieta y profunda borrachera de sueño.

## V

### LA TORRE DE BABEL

Doña Medianía engordaba que era una bendición de Dios. Redonda, ventruda, a poco más, no habría tonel que la aventajase en capacidad y fondo. ¡Qué vida tan regalona la que se dió la viuda, una vez puesta al amparo del manirroto de su yerno! ¡Qué huerto el que plantó, y cómo le aprovechaba a diario! La mañana se le iba entre las repolludas coles, las frescas y esponjosas lechugas, los rábanos provocativos, las calabazas y los pepinos, las remolachas y los pimientos. Un cesto de todo ello, era poca cosa para ración de aquel vientre de ballena, sano y potentísimo.

Tenía su gallinero; y en cada echadura sacaba las polladas por docenas; y las devoraba lo mismo, sobre poco más o menos. Carneros no le faltaban; y gruñían, por ahí, más de cuatro lechigadas de cerdos. Con una cruz señalaba de antemano en el calendario los días de santos, y otras fiestas *de guardar*, destinados al sacrificio de las víctimas escogidas; y es de advertir, que lechón y pavo, nunca los separaba doña Medianía, en tales o parecidos agasajos.

No daba puntada; y como las escaseces se le trocaban en abundancia, de la noche a la mañana, se hinchaba, rellenándose de grasa, de felicidad y de salud. A Titania no la veía sino de tarde en cuando, pues el tiempo le venía corto para cuánto no fuese

comer, dormir, echar su vistazo al gallinero o al corral, plantar la enmarañada selva de legumbres y verduras, y leerse cuatro diarios. Sus distracciones llegaron al extremo de un olvido completo de las cosas santas. La devoción se le fué al estómago, y así, no se acordaba poco ni mucho del franciscano, su confesor; de la misa, los domingos; ni del rosario siquiera, en las primeras horas de la noche. ¡Qué había de rezar la viuda, si con el último bocado estaba ya roncando con resoplidos de fuelle! Rara vez se echaba fuera de casa, y nunca a pie, porque los suyos se negaban, rotundamente, a sostener aquel embutido de grasa que le ponía la piel lustrosa, de puro templada, y a dos dedos de rajársele por los rebordes del cogote.

En cambio, Titania se adelgazaba que era una pena negra verla tan desmejoradita y flacucha. ¡Qué palidez, Dios mío! Lo blanco del rostro se le había trocado en amarillez de cera. Unos cercos grandes, negros y profundos le servían de marco al empañado azul de los ojos. Los brazos y el cuello, no parecían ya obra de torno; en fin, que Titania ni reía, ni bromeaba; ni era aquella la moza gallarda, tierna, arrogante, *diáfana* y *luminosa* como una visión, que tenía proyectitos en la cabeza, y dos polos para la vida... ¡Pobrecilla! Oberón llegó a serle indiferente; y doña Medianía, con la tonelada de gordura debajo del pellejo, le revolvía las entrañas lo mismito que el ruibarbo y la ipecacuana del farmacéutico. ¡Si al menos le hubiese sido dado alimentarse de gotas de rocío y sorbetes de plátano, al igual que antes! Nada; que no probaba bocado, y que se moriría *a entradas de aguas*, según la opinión de doctos Esculapios, que no llegaron a verla, aunque por conseguirlo se esforzaba y rabiaba la madre-viuda de aquella infeliz y marchita beldad. Los días se los pasaba en el mina-

rete; y las noches, de brazos sobre el alféizar de la ventana, contemplando aquella mole redonda que, atrevida y soberbia, se alzaba poco a poco sobre las alturas del Carmen, a orillas del Salado.

La naturaleza, en aquellas despejadas e incomparables tardes de verano, la encontraba indiferente y sorda a las mil y mil voces con que, alegre y parlanchina, le hablaba de sus encantos en arrebatadora elocuencia, mezcla de color y ritmo, que se destaca o vibra, en cuanto la mirada alcanza y perciben los oídos.

A sus pies, la ciudad medio recostada en el regazo de la colina y extendiéndose por la margen de la ancha ría que, murmurante y sosegada, corre besando la contigua playa, o perdiéndose a lo lejos entre festones de verdes y euracimados manglares; a la otra parte de la ribera, destacándose entre el celaje diáfano y luminoso, las curvas de la distante y azulada cordillera, sobre la cual, y algo al norte, de cuando en cuando, se transparenta y perfila el gigante de los Andes con su cúpula de eternas nieves, en que parece descansa la inmensa y centelleante bóveda de los cielos; atrás, la fértil y tendida vega, las vacadas y *potreros*, los anchos matorrales, el tramo inculto o el frondoso bosquecillo, los caseríos, que salpican de blanco y rojo la aterciopelada alfombra de verdura, y, por último, el Daule, como cinta de plata, culebreando hasta perderse de vista en alguna de sus *vueltas* o recodos; a la derecha, la cadena de montañas que hunde sus asperezas en el Salado y levanta sus cumbres hasta donde el paisaje se extiende; y luego, al frente, la llanura inmensa, perdiéndose en las lejanías del horizonte, hacia los términos del mar.

Pero ella, no se cuidaba poco ni mucho, de todo eso; ni del despilfarro de luz que le hacía el sol por iluminarle el rostro de hada, ni de las caricias del

viento que se le enredaba juguetón, entre los sueltos rizos de la rubia cabecita. No tenía ojos más que para el nuevo prodigio de arte o hechicería, que Creso dió en llamar residencia de verano, y estación balnearia. ¡Bien sabía la desventurada lo que la tal Torre quería decir, cuando tan fijamente la miraba, y tal estrago llegó a causarle, el contemplarla de esa suerte!

Cierta ocasión, que entre curiosa y suspicaz, admiraba aquella fábrica que tan de prisa se construía, preguntó al aprendiz de boticario, que por ahí andaba ocupado en sobarse el fino vello que a poco más sería pobladísimo bigote, si sabía de quién era el edificio que se levantaba a orillas del Salado como para rivalizar con el de Creso. El otro, haciéndose el indiferente, tras un bostezo de mal humor y sin quitar los dedos del naciente bozo, contestó:—según se dice, el dueño es tu marido.

Aquello fué un golpe recibido en mitad del pecho, cuya dolorosísima impresión, en vano se esforzó Títania por disimular. Pero al fin, repuesta un tanto de la natural sorpresa que le causaba tan imprevista revelación, insistió en la porfiada averiguación de lo que aquello pudiera significar.

—¿Y qué se dice del propósito? Nada bueno será. Ya ves tú, que anda muy distraído, que no me hace más caso que al primer desconocido que topa en la calle; que se gasta el dinero y lo derrocha como un loco, en no se qué lugares de perdición y escándalos, cuyos hálitos emponzoñados llegan, sin que evitarlo pueda, hasta envenenarme la poca felicidad a que tengo derecho en la soledad de que me rodea, a trueque siquiera de los desperdicios que hace de vida y caudal, en esos tragaderos de la honra, de la fortuna y de la paz de las familias. Sabes, y con ello nada nuevo te digo, que se pasa los días y las semanas fuera de casa, sin cuidarse poco ni mucho, de lo que será

de Titania; de si padece, llora, o concluirá al fin por morirse de tristezas que él no comprende; de pesares que no le importan; de afrentas que no las juzga por tales: tan postrado y envilecido yace, donde es fuerza que caigan todas las asquerosidades de la conciencia, y todas las inmundicias de la tierra.

—He dicho—murmuró Oberón rascándose la oreja izquierda con la mano del mismo lado.

—Creo que a lo menos me asiste el derecho de quejarme; supuesto que la inocencia, por humilde y mansa que la supongamos, no ha de llegar hasta aceptar la resignación del silencio por toda réplica a las infamias con que el vicio se esfuerza en herirla y maltratarla.

—Cierto que sí; pues no faltaba más.

La señorita Titania hablaba en serio. Nunca sus labios pronunciaron frases tan amargas e hirientes; y nunca, tampoco, su indignación llegó hasta el punto de dar rienda suelta al más ligero desahogo de su conturbado espíritu.

—¿Qué se dice?—insistió. Responde, o también diré que tú me engañas.

Si va a decir verdad, aquel hombre... Creso... es de lo más perdido que se conoce por estos barrios.—(Jugando con la cadena del reloj).—No te ofendas, criatura, que no lo apunto por hacerte daño, ni cosa parecida.

—Si no me ofendo, tontín;—(con mimo y a media voz, y luego saltando a la octava alta)—y aunque me duela, prefiero saberlo todo, a vivir de sospechas y recelos.

—Ese es otro cantar.—(Midiendo la estancia a pasos lentos).—Quedamos en que es de lo más perdido que se conoce. ¿No es eso?

—Adelante.—(Con imperio)

—Cabal; pero de lo más perdido. Figúrate que Aspasia... Bonito nombre ¿eh?

—¿Griego?

—Griego o romano (estas averiguaciones no hacen al caso) suena muy bien. Se le llena a uno la boca, cuando pronuncia... Aspasia; cómo se colma el gusto más exigente, con sólo mirar ese palmito de dama cortesana. Porque Aspasia, según cuenta la historia, era una *hetaira*; y según cuenta la crónica callejera, ésta... la de aquí... le sigue los pasos a la griega, muy de cerca. ¿Sabes de Pericles?—(Parándose).

—Pericles o Pericos, déjate de boberías, y vamos al grano.

—Allá voy. Pues el tal Pericles, cortejaba a la primitiva Aspasia, y Crespo, a quien me pospusiste, te pospone a la hora de la hora, a la segunda mujer de ese nombre, que no es otra que el pececillo de la calle de Colón, número... departamento de la derecha; y pez de tau buenas agallas que para dejarse pescar, le arrancó la promesa jurada de que había de construir, allí donde se levanta en la actualidad, una altísima torre que dejara pequeñita tu mansión señorial;—(acentuando el vocablo)—con el ítem más, de que una y otra, quedarían unidas por un puente colgante; y esto, para mis alcances, es la mayor desvergüenza que un marido puede colgar del buen nombre de su esposa.

Inclinó ésta la hermosa cabeza, muda de asombro, y estremeciéndose luego, como si todos sus nervios vibrasen al contacto de invisibles hilos eléctricos, devoró en silencio los ímpetus de la cólera, los gritos de exasperación y los sollozos de amargura que, en tropel, acudían a su garganta por abrirse paso a través de aquellos labios apretados y convulsos. Tuvo, sin duda, por más cuerdo, no añadir a los pesares del

infortunio que le hería de muerte, los estériles desahogos del impropio o la queja.

Aquel día no se habló más del asunto. Oberón, tras el descarnado relato que hizo a Titania, siguió tecleando, como si tal cosa, en la cadenilla del reloj; y aquella, con la vista clavada en la maciza Torre de sillería construída con cantos de Mongón, y maderas cortadas en los manglares del Salado y las montañas de Cerro Azul. A poco de esto, comenzó la faena de pintarla por fuera de chocolate y oro; y, luego, la de echar el puente colgante. ¡Qué puente tan atrevido y gallardo el que llegó a unir el palacio de la sultana cautiva, con aquella Torre adjudicada en propiedad a la cortesana libre!

Vino, en seguida, la instalación de Aspasia. Por cierto que el Patriarca de las Indias no tendría que hacer con el *yacht* de cuarenta nudos por hora; pues, se supo, que el concierto de aquellas dos voluntades se llevaba a cabo, según los cánones de ciertos derechos imprescriptibles y anteriores a toda legislación escrita.

Si espléndida y sonada, fué la boda de Titania, el sarao inaugural de la Torre, alcanzó las proporciones de uno de los sucesos más ruidosos y *trascendentales* en la leyenda fabulosa del coruscante y fachendoso personaje de Cacaotales. Que su mujer anduviese mustia y descolorida, hecha un huso o un bejuco de puro seca y desmejorada; que se pasara los días en el minarete, y las noches de codos en el alféizar morisco con la mirada fija en aquel prodigio de arte, pintarrajado de amarillo y chocolate; esto digo, y otro tanto que fuera, no lograría apartarle de sus propósitos, ni le mortificaría en lo menor; pues, a decir verdad, ni cuenta se daba de ello el *pirata*, tan entretenido me le tenía, y tauto le avivaba el fuego de su impaciencia, Aspasia: la gentil morena, de negra

cabellera, negras y perfiladas cejas, negros y grandes ojos, negras y crespas pestañas, labios encendidos y boca seductora.

Con la anticipación que el caso requería, atendió Creso a las provisiones de boca para la fiesta, y a cuanto fué menester de lujo y de boato, en ocasión tan señalada, y tratándose de persona tan rumbosa como flamante. A la despesa de aquella Torre, se trasladaron a carretadas, más de dos docenas de tiendas; pues no parecía sino que la tal despesa fuera el paladar de un monstruo que engullía, insaciable, cuanto a sus fauces llegaba, para devolverlo luego, en desordenada profusión, al enorme tragadero de miles de convidados.

La mueblería rivalizaba con la de Titania; mas, es de advertir, que un colorido de carne viva, era la nota dominante, no sólo en muebles y tapices, sino en cuanto por dentro se mirase; así como la del chocolate, en lo que a exornación exterior, se refiriese.

Llegado que hubo la famosísima noche de la instalación, un regimiento de atrevidas amazonas, cruzó a galope corto las calles de la ciudad, se encaminó a la sabana, y atravesando, luego, el puente de madera con grande y formidable estrépito de cascos y herraduras, se detuvo a las puertas de la soberbia Torre. Siguió al regimiento de amazonas, por grupos, o uno a uno, ocultándose en las sombras de la noche de las miradas del vecindario, la legión de varones escogidos; los cuales, ocultaban el semblante bajo el antifaz de hipócritas vergüenzas y falsos pudores, para arrojarlo, en seguida, a los pies de aquellas beldades, entre el regocijo de la fiesta y los atrevimientos de la intimidad.

Dulces y embriagadoras melodías rasgaron el aire con provocativos y excitantes ritmos; y rompieron entonces a bailar, por centenares de parejas, los *bue-*

*nos chicos*, y por docenas, los hombres graves: todos ellos, con las lacras del oficio, y las tachas de sus extravíos, impresos e imborrables, en la palidez repugnante de sus marchitos y descompuestos rostros.

La luz salía a torrentes por las puertas y ventanas del ostentoso edificio, abiertas de par en par; disparábase cohetes; quemábase fuegos de artificio; encendíanse luces de bengala; y pasaban de uno a otro salón, con botellas, copas y refrescos, los numerosos sirvientes del buen señor de Cacaotales.

Contoneábase éste como niña remilgada, satisfecho por el nuevo triunfo de sus conquistas de pirata; y tragaba como tonel sin fondo, por añadir a la voluptuosidad avasalladora de la pasión, los ardorosos estímulos del *Champagne* o del Jerez.

La música, entre tanto, continuaba, con raras intermitencias, en su alegre tarea de invitar a la danza; y el vino en la suya, chispeante y regocijada, de calentar los cascos y revolver el juicio. Sólo que el baile, llegó a trocar las ondulaciones de sus cadenciosos, gallardos y reposados movimientos, por la cabriola atrevida; y las hirvientes copas del festivo champagne, o los abrasadores tragos del coñac, tumbaban ya a los más valientes y curtidos.

Poco a poco, la fiebre y el estrago de aquella doble y horrible embriaguez, crecía y crecía, desbordándose en oleadas de confusa gritería, discordante clamoreo y estúpidas risotadas. Y todo esto, mezclado a los berridos de criados y mocetonas que holgaban, a su manera, por los contornos de la Torre, lo recogía el viento en sus ráfagas sonantes, para arrojarlo luego, como asqueroso salivazo, al rostro entristecido de la *ciudad doliente*.

Aspasia, bella, elegante y en la plenitud de la vida, resaltaba fresca y lozana en aquel conjunto de liviandades humanas, compuesto, en su mayor parte,

de beldades sospechosas y descoloridas, que intentaban pasar como oro de ley, o mercancía de buen precio. Cuando la escena tocó en los límites de lo indescriptible y nauseabundo, y los unos y las otras, oscilaban ya, al ruido infernal de brindis y libaciones, media docena de bacantes poseídas del demonio del alcohol, llegáronse sonrientes y enardecidas, a coronar la frente del vencedor de Aspasia, con guirnaldas de siemprevivas. Ciñéronle, después, en estrecho abrazo, y sintió el *pirata* entre los espumarajos de su boca, el ósculo de paz. con que aquellas furias desencadenadas le confirmaron, de verdad, por caballero sin miedo ni vergüenza.

De súbito, hacia el frente azteca del palacio vecino, resonó la voz de trueno con que doña Medianía clamaba contra las iniquidades de la Torre, en uno de los vanos de la fachada negra.

—Esa es la Babel moderna,—prorrumpió,—en que el vicio amontona los desechos de su podredumbre. Charca de torpezas y liviandades donde fermentan las inmundicias humanas al calor de impuras bacanales: yo te maldigo en nombre de la moral que pisoteas, infame; en nombre de la sociedad que ultrajas y corrompes; en nombre de la civilización, que te nombra cáncer de sus entrañas. *Cuarenta siglos* te condenan por mi boca, desde las páginas de la historia, a la picota de todas las abominaciones y de todos los escarnios; y en la corriente de los años, eres el montón de ruines escándalos que sirve para embravecer su curso y despeñar sus ondas. Venid a mí, *pontífices* de la opinión, consagrados por manos de la mesocracia, y repudiad ese vástago de antiguo y bastardo abolengo, para que no logre ingerirse en la secular encina de la honrada clase media, a la cual, contaminaría y apolillaría... El héroe de esa Babel

es una alma empedernida, el esposo de Titania, más claro: Creso el ricachón de Cacaotales. . .

Como evocado al conjuro de su nombre, apareció Creso, al otro extremo del puente, apoyándose en brazos de unos cuantos sirvientes, caída la cabeza sobre el pecho, dando traspiés, y vomitando improprios saturados de *shery wine* y *old brandy*, contra la gente del palacio.

—Cállese, señora - indicó Oberón por lo bajo, a doña Medianía, interrumpiéndola y tirándola de la saya. - Mire que el tigre se nos viene encima con las imprudencias de usted, Y la va a armar gorda.

Creso no venía precisamente por armarla, sino por orden de Aspasia, que lo declaraba impertinente e intolerable y le mandaba que durmiese la moña en casa de Titania, *hasta segundo aviso*. Era el cadáver, en fin, que el revuelto oleaje de ese mar de pecaminosas complacencias, escupía a las puertas de un hogar abandonado.

—Cierra la boca, mentecato; y *amárrate* los pantalones, por si se propasa la bestia, - contestó la interpelada, hecha una furia, y fuera de sí, con las timideces de Oberón.

—Francamente que no me da el naípe por andar en esos enredos; y mejor nos estaría escurrir el bulto, como si tal cosa,

—No te conozco, sobriño. Lo que me propones, es una infamia, - vociferó la tía.

—No lo dije por tanto. ¡Paciencia y barajar!— (Metiendo las manos en los bolsillos del pantalón).

A todo esto, Titania no chistaba; pues según el diagnóstico del boticario, tenía un nudo de *veneno*, y otro de sollozos, atravesados en la garganta, aquella víctima expiatoria de sus proyectos *polares*, y de los humos y escaseces de la chiflada mamá.

## VI

### CUARTETO FINAL

Rujo el semblante, amoratadas las orejas, sangui-  
nolentos los ojos, entreabiertos los labios, la respira-  
ción anhelosa, tartamuda y estropajosa la lengua,  
revuelto el cabello, convulsas las manos, crispados  
los dedos, flaqueándole las piernas, desmadejado el  
busto, deshecho el lazo de la corbata, sueltas las  
almidonadas tirillas de la camisa y abierto el chaleco,  
llegó el resonante personaje con la ayuda de dos de  
sus criados; los cuales, sin pérdida de tiempo, y por  
cumplir las órdenes de Aspasia, le dejaron medio  
tendido en un sofá de la antesala, donde, ya que no  
durmiese la moua, no importunaría a lo menos, a la  
dama de la Torre, con las caricias brutales de su  
estúpida embriaguez.

Acudieron a poco de esto, Titania, Oberón y doña  
Medianía; mas, todo fué verlos, e incorporarse el  
*tigre* como si hubiese sentido en el cuerpo la morde-  
dura de una víbora.

—Borriquito... de los demonios,— exclamó,—  
siempre tú... Bien a la vista está que era una toute-  
ría... pensar en taparte la boca... con el regalo de las  
drogas... Já, já, já... Bien sellada la tienes con las  
infidelidades vergonzosas, y las complacencias descar-  
radas... de esa señora, y de esta suegra mía, que luce  
las sobras de Creso... ¡Poder de Dios!... ¡Tiene gra-

cia cómo ha engordado doña Medianía!... Da gusto verla tan cebadita y lustrosa... ¡suegra flamantel...

—Por estas que son cruces,— profirió doña Medianía temblando de ira,— que sale usted del fondo del cenagal, repartiendo infamias, en que se ha revolcado... ¡El indecentón! Si usted estima en tan poco, la hora que es cosa suya, respete, siquiera, la del prójimo, que no le pertenece; y ante todo, la de Titania, su mujer, mal que le pese. Digo, que mejor le estaría volverse a la pira de cerdos que se revuelca y gruñe en el fango de aquella Torre. Y si las inmundicias de allá, son para venir con ellas a manchar la buena fama que nos ampara todavía, quédese usted con sus vicios, don infame, que por esa puerta saldremos tan limpias y honradas como el día en que por mal de mis pecados, consentí en dar a usted la mano de esta desventurada.

La viuda rompió a llorar que se deshacía; Oberón se sobaba la barbilla; y Titania, de pie, muy rebujadita en un abrigo, ocultaba el rostro a las miradas de Creso, porque se le caía la cara de vergüenza, de indignación y de rabia celosa.

Euderezóse el interpelado; y, dando cabezadas al aire, y echando rúbricas con los pies, logró, al fin, acercarse a doña Medianía para decirle: —Te saqué de la nada, vieja Celestina... me debes hasta el aire que respiras y la grasa que consume la máquina de tu cuerpo... Já, já, já. Con que Oberón es un santo...

—No tal, aprendiz de boticario,— afirmó éste muy comedido.— Si usted necesita mis servicios...

—Déjate de rouceos, borrico de mi mujer, que no eres tan animalote como lo pareces y como te llama esa... Si no ¿qué te trae acá? ¿El olor del pienso? Pues yo te quitaré el resabio de apacentarte con la yerba del cercado ajeno, moliéndote las costillas a puros estacazos.

Y se dejó caer en un sillón, abrumado con el peso de aquella borrachera escandalosa y repugnante.

—Como a usted le parezca. No hemos de reñir por eso, ni otro tanto; sólo que donde plauto una coz, no haceu pelos; lo cual apunto para su conocimiento, si ya no lo tiene perdido.—(Con las manos cruzadas sobre los riñones y cauturriando un aire de zarzuela).

—La opinión pública...

—Te ha marcado el rostro con el estigma de su desprecio.—(Lo dice como para las solapas de la americana que lleva puesta, y vuelto de espaldas a Crespo):

—A éste le llama seductor...já, já, já...y a esa...esposa infiel...já, já, já...Séase lo que sea, y aún supuesta la falsedad del caso, ello es que se dice y se propala, a los cuatro vientos, la nueva de mi deshonra; por cuanto esa opinión, soberana, según la vieja de mi suegra...no se mete en honduras, ni averiguaciones: sentencia por lo que está a la vista, y sus fallos son punto meuos que inapelables...Ven acá Titania...

(Sin darle cara).—Usted es un libertiuno, caballero. Un hombre sin Dios, sin ley, ni pizca así, de pudor. ¡Qué vergüenza!

—Alto ahí, que yo creo en Dios, y espero en Él... Estas *jumeritas* de acá, no pesan en la balanza de allá...

—Vaya si pesará aquella Torre, capaz de contener los pecados todos de los hombres y todas las Aspasías de la tierra.

—Titania, no me toques a la morena, que es la niña de mis ojos, y la llevo en las entretelas del corazón. ¡Cuénta qué es guapa moza! ¡Cómo se divierte la condenada, y qué bulla meten los malditos!—(Levantándose y en idéntica postura a la del dios Baco

del Patio de las Estatuas). — Qué pelo, y qué ojos, y qué boca, y qué vestir... Digo, si no vales un comino delante de esa criatura... Los trapos que gastas, se me figuran pingajos, comparados con las sedas y muselinas que arrastra esa bendita... Es más lista que la pimienta.

— ¡Qué escándalo!

— ¡Qué descaro, hija mía!

(Oberón liando un cigarrillo, y muy por lo bajo). — Nos va a hacer la apoteosis del amor libre, en las barbas de la suegra y en presencia de esta infeliz...

— Qué te figurabas ¿que iba a darme una encestada por tu semblante de hada? ¡Boberías!... Y, pues, tanto te ocupas en mortificarme, y tan arrepentido estoy de que te comas mis ahorros en la dulce compañía de ese boticario pegajoso y lleno de fanfarrías, que con sus procederés ha dado pábulo a la suspicacia de los maldicientes, que vengo a arrojarte de mi casa para que sigas vagando con él, por los revolcaderos del mundo; en los cuales es fama que me cubrí de lodo hasta la coronilla, que ya no hay por donde cogermé. Así, al fango todos... (tropezando con doña Medianía) inclusive usted, suegra de mis pecados, efigie de los derechos individuales, tarasca mesocrática y galera del periodismo; (cayendo sobre Oberón y sacudiéndole de un brazo) y tú, primo de los demonios, don Juan boticario, el mayor de los pícaros fulleros y camastrones; y tú también, carita de hada, visión diáfana y luminosa (tirándola del abrigo) que te enflaqueces de envidia y te amamantas de celos, sin que puedas llegar a la altura de la arrogante morena, al lodo conmigo... (Titania le aparta de sí, empujándole nerviosa; con lo cual, perdido el equilibrio cae de bruces en el suelo). Golpe seco... Já, já, já...

—En buena justicia, lo tienes merecido,—murmuró Oberón entre dientes.

—La madre, mi suegra; (incorporándose) la hija, mi mujer; y el Espíritu Santo, mi rival; largo de aquí, pero volando... quiero estar solo... solito... Esa mano, boticario... ayúdame a levantarme... así... (De pie y sin soltarle la mano). Titania monta en el asno, te le tengo aquí... revientalo si es preciso... Usted, señora... arre, arre... borriquito... y a la calle del Morro... La familia judaica, que toma la vuelta de su casa... Me quedo con Aspasia... y si no hay en estos barrios, bastante soledad y recato bastante, para nuestro cariño... me iré con ella, como quien dice, a los cuernos de la luna...

—¡Tuño más desvergonzado! Bien está. Nos iremos.

—Ya se lo decía, y usted erre que erre... Como si fuera posible entenderse con un pedazo de bruto.— (Al oído de doña Mediauña).

(La tía, sulfurada, a Oberón).—No pasas de ser un mamarracho, un braguillas.

—Vamos, borriquito mío, que hasta los nudos de la garganta se me han deshecho, con la idea de apartar de mi vista para siempre, la repugnante figura de ese hombre envilecido.

Echó a andar; la siguió Oberón; y doña Mediauña, hecha un veneno, y tomatazo, de puro colorada, se fué tras ellos, no sin soltar antes, un taco de los gordos, contra el endemoniado libertino, y todos los pájaros de su casta. Mientras franqueaba el vano de la puerta principal, decía Oberón, en voz lánguida y suspirante:—monta, monta, Titania, que soy el borriquito de anchos lomos, manso y airoso, que necesita tu amor para irse, blanda y sosegadamente por el camino de la vida.

Y ya se alejaban de las inmediaciones del Santa Ana, cuando un ruido estrepitoso y formidable, como de trenes gigantescos, que rodaran a un mismo tiempo, en desatentada carrera, sobre invisibles subterráneos, llegó a los oídos de la familia *judáica*, sobrecojiéndola de espanto con el anuncio de alguna catástrofe inesperada y pavorosa. Con el temor pintado en los ojos, miraron hacia la Torre, y vieron que ésta se desplomaba hasta los cimientos, y tras la Torre el Palacio: y, luego, que vientos desencadenados levantaban de aquellas ruinas, cantos enormes y astillas colosales, aventándolos en desatada furia, como granizada de escombros, a una y otra parte del horizonte. La propia Avenida de los Ciruelos desapareció de sobre el haz de la tierra, barrida por el soplo de ráfagas huracanadas, que dejaron visibles las antiguas charcas e históricos pantanos.

—¡Misericordia de Dios!—exclamó doña Mediana, santiguándose a prisa, y mal.

—De suerte, —indicó Oberón, — que Aspasia, sus huéspedes y el borrachón de Creso, están a la hora de esta, hechos polvo y *ceniza*, como en el mortero de marra.

—Dios les haya concedido espacio para el arrepentimiento, — baluceó Titania.

—¡Mucho que lo dudol y es lástima, prima, que no hubiese estallado el infame, antes de ahora.

Al decir esto, Oberón, alzaba la vista al cielo; y allí de la sorpresa del boticario.

—Mira Titania—dijo, señalando con el dedo hacia arriba.

¡Oh asombro inaudito! Creso y Aspasia, cabalgando en los cuernos de la luna, les hacían unas muecas burlonas, y unas contorsiones horribles, que era cosa de partirse de risa, si reír pudieran los maravillados espectadores de aquel prodigio.

— ¡Se han vuelto Selenitas! - profirió Oberón.—  
Mejor que mejor, supuesto que no bajarán de tan  
alto,

Y andando, andando, mudos y pensativos, llegaron a la modesta casita de la calle del Morro, a la cual subieron, haciéndose cruces, desfallecidos de fuerzas y conturbados de espíritu.

## VII

### POST NUBILA... OBERON

¡Holal ¡Holal Que despiertes, Titania. Son las diez. El cañario está que revienta de celos, por el que guardaste anoche en la alcoba. Ni canta el pobrecillo.

A las voces de la madre, despertó Titania sobresaltada; e incorporándose en el lecho, se restregaba los ojos y los abría mucho, volviéndolos de una a otra parte, como para darse cuenta exacta de que, verdaderamente, aquella era su alcoba, y aquel en que había dormido, el tálamo nupcial, y la persona que roncaba a su lado, el mismísimo Oberón, su novio, puesto que estaban casados, desde la noche última. No cabía duda: lo que tenía por delante, lo que veían sus ojos, era la propia realidad; y lo otro, un sueño, pero un sueño horrible y medroso.

Llamó a Oberón; y éste, sin abrir del todo los párpados, contestó: ¿qué me quieres, Titania?

—¡Despierta, alma mía! No creí nunca, que el sueño de una noche de novios, se poblara de visiones como aquellas, en negra y abrumadora pesadilla.

—Pues mira: me dormí tan profundamente, que ni me pasaba por pensamiento acordarme de que hoy me despertaría en esta cama, con la costilla de menos al lado. Cuenta querida...

Y sollozando, comenzó Titania a relatar lo que

habrá visto el lector, si éste cerrando el libro, aburrido o cansado, no hubiese puesto punto, antes del que yo haré a poco más, como término final de tan singular historia.

—Y ese Creso ¿de dónde le sacaste?—preguntó el novio, concluido que hubo el relato la gentil soñadora.

—¡Toma! Creso es el ricachón de enfrente, *mon-tuvio* por los cuatro costados, que vive con Alida, la rumbosa morena que le despilfarra las cosechas de cacao, muy oronda y regocijada.

Soltó la carcajada Oberón, y dijo:—quédete el consuelo Titania, de que los sueños, sueños son. Ahora, para borrar de tu alma hasta el amargo saborete del recuerdo, te doy un beso en esos labios tan dulces y sabrosos para mí.

Guayaquil—1892.

FIN

# EL SEÑOR PENCO



## I

### ¿QUE MAS?....

Por lo alto, teníamos innumerables hilos telefónicos; y, por el bajo suelo, cómodos tranvías. Estos, siempre, o casi siempre, con su par de empleados y sus mulitas pareadas.

Tres estatuas de bronce, como otros tantos botoncitos de brillantes para la inmensa pechera de la ciudad, que contaba, apenas, con dos ojales abiertos en las respectivas plazas; pues, para abrir el tercero, tanto se dijo entonces, y hubo tal suma de pareceres, que se llegó a dudar de si al fin se abriría el ojal que faltaba, en la pechera o la espalda del propio camisón.

Rocafuerte está de pie, pensativo y triste, terciada la capa, y sudando a chorros con el abrigo aquel. Bolívar, a caballo: descubierta la cabeza, sombrero en mano, se pasa de comedido y saluda infatigable a cuantos se le ponen por delante. Y la otra, la tercera, por colocar aún, yacía en los depósitos fiscales, no encontrándose, de pronto, tierra que digna fuese de sustentar aquella base de granito y aquel sillón de la colonia, en que se sienta y escribe el Acta del año 20, el futuro Cantor de Junín.

Algo más teníamos: un par de aljibes con las eufonías reseca de tanto esperar, sedientos, el prometido caudal de agua fresca, pura y saludable, aprisionado en los estanques de Agua Clara y Vuelta del Río; el Hospital Militar y un Hipódromo falto de